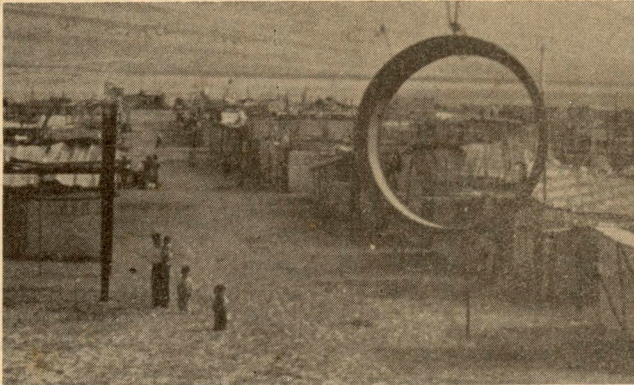


EL CAPITALISMO



FABRICA HAMBRE

por SEBASTIAN SALAZAR BONDY

La explosión demográfica en el mundo entero, pero en especial en los países subdesarrollados, preocupa a los sociólogos. Josué de Castro, autor de la "Geografía del Hambre" y ex-Presidente de la FAO, está entregado desde hace muchos años al estudio de este problema y sus consecuencias, y a la lucha contra el crecimiento, no tanto de la población universal, sino de la subalimentación. Anuncia el estudioso brasileño el probable conflicto entre las dos terceras partes hambrientas del orbe y el tercio bien nutrido. Refutado el "malthusianismo" (al cual denuncia como doctrina al servicio del imperialismo inglés), se impone un solo remedio a esa guerra de los estómagos vacíos y los estómagos repletos: la justa repartición del pan, la reorganización socio-económica de las estructuras capitalistas, la incorporación de toda la humanidad a la mesa suficiente. El control de la natalidad es un sistema inhumano y falaz. Los hindúes respondieron a los británicos, cuando éstos les quisieron imponer esa limitación, con una frase memorable: "Ustedes quieren que, para que no nos muramos de hambre, dejemos de nacer".

Pero Josué de Castro va más lejos aún. Sostiene, en sus últimas publicaciones y conferencias, que no es el aumento de la población el que produce el hambre, sino que es el hambre, por el contrario, el que determina el aumento de la población. Son tres las razones que avalan este aserto. La primera, de carácter biológico: una alimentación pobre en proteínas crea, por diversos factores hormonales, una mayor fecundidad. Los pueblos que se nutren de carne y pescado muestran un índice normal de natalidad (el caso de los esquimales es el que mejor ilustra la situación). En segundo lugar se señala una razón psicológica: el hombre cuyo nivel de vida es infra-normal, que carece de toda clase de posibilidades fuera del hogar (generalmente una choza, una vivienda precaria, un refugio que, siendo paupérrimo, es por lo menos cálido), se multiplica movido por el instinto incontrolado, tal como se embriaga en la taberna. Por último, se da la razón social: más hijos son más mano de obra, son más salarios, son más esperanzas que se ensayan en el afán de salir de la miseria. Detrás de todo está el hambre. Y detrás del hambre, el sistema capitalista.

El Perú —bien lo sabemos— se halla entre esas dos terceras partes del mundo que padecen del hambre. Se trata de un "hambre gris" o un "hambre crónico", que consiste en no ingerir el mínimum de proteínas, carbohidratos, sales minerales, calorías, etc., necesarias para existir normalmente, aunque el estómago se llene, como entre los indígenas de nuestra sierra, con cierto género de productos. Nadie muere directamente de hambre. Todos, en cambio, agonizan, presas de la anemia, el raquitismo, las enfermedades lentas, etc., en una especie de multitudinario estertor. Hay dólares en el Banco de la Reserva, pero no hay pan para la inmensa mayoría de los trabajadores y de los económicamente, por causa de la estructura feudal que todavía persiste, inactivos. La población crece indetenible. El alimento decrece. El Perú hambriento es un Perú indefenso, inerme, física y moralmente —no se olvide— debilitado. Los patriotes no tienen argumentos contra esta verdad.

El censo, sin duda, nos dará una idea de hasta qué punto está cargada de dinamita la cuestión demográfica peruana. Los datos, que deberán ser dados a conocer a la opinión pública en cuanto se hallen expresados en cifras, deberán decirnos, como lo dice Josué de Castro —macartizado también por la prensa reaccionaria de Lima—, cómo ha fracasado el capitalismo aquí, coludido como está con el feudalismo colonial, con la penetración imperialista, con el monopolio absorbente, con el aparato de explotación que favorece a una minoría insensible a la desgracia ajena y ciega para advertir los nubarrones que asoman en el horizonte.